

## “Desde otra perspectiva económica; la eco-economía”

Profesora Olga Pérez Rivera

Departamento de Ciencias Sociales

Escrito sometido a la consideración de editoras de **Madre Tierra**

Parece ser que en todos los espacios y medios donde los seres humanos se comunican se habla sobre la llamada crisis económica mundial. No examinaremos en este escrito la realidad de las décadas en crisis permanente de la economía de Puerto Rico. Tampoco cuestionaremos ahora la validez de los argumentos con los cuales se pretende evidenciar la crisis. Sí queremos puntualizar que la manera en que los medios de comunicación y el gobierno plantean la discusión sobre la llamada crisis tiene un impacto preocupante sobre la conciencia colectiva de lo que es urgente atender y las alternativas posibles. Por un lado, la discusión pública de la crisis tiene el efecto de arrinconar problemas sociales crónicos y a la vez urgentes que han sido causa y efecto de la misma. Por otro lado, se convierte en el argumento con el que se pretende justificar todo tipo de acciones gubernamentales, aun aquellas que podrían empeorar la crisis.

En el caso particular de Puerto Rico la generación de ingresos por el trabajo ha sido históricamente desigual e insuficiente para mantener una base amplia que genere crecimiento económico. La economía del país se ha sostenido en el consumo de bienes en gran medida facilitado artificialmente por las transferencias federales, el crédito, la economía subterránea y el gasto del gobierno. El motor del crecimiento económico real; la productividad agrícola, manufacturera y tecnológica generada por medianas, pequeñas y micro empresas locales se ha sacado fuera de la ecuación por motivos políticos e ideológicos. De esta forma la falta de productividad local ha promovido el consumo de bienes extranjeros, el endeudamiento, y la construcción como principal actividad productiva. Por su parte el gasto de gobierno se ha dirigido a la contratación de empleados/as y a la construcción de obra pública para de alguna manera compensar la falta de productividad real.

En términos sociales el resultado de este modelo de hacer la economía es una distribución de ingresos y de riquezas de tal forma que profundiza la desigualdad en el acceso a la riqueza, la dependencia económica y la desesperanza. Medido

este fenómeno en términos objetivos, estudios realizados por agencias federales han encontrado que en Puerto Rico el 20 por ciento de la población acapara el 60 por ciento de las riquezas.

Los ecosistemas del archipiélago puertorriqueño han recibido un fuerte impacto de este financiamiento artificial del consumismo y de la construcción desmedida. Por enumerar algunos, pensemos en la destrucción de los ecosistemas costeros, la deforestación de ecosistemas de bosques insustituibles o de cuencas hidrográficas para desarrollo de vivienda de lujo, hoteles o centros comerciales.

Es evidente de esta breve descripción contextual que las decisiones económicas se han tomado desde una reducida esfera de poder para beneficiar a este mismo grupo, de tal manera que se perpetúa un sistema injusto, exclusivo y antidemocrático. Por esta razón, no es de extrañarse que la discusión de la llamada crisis económica en los medios de comunicación y en el gobierno excluya los temas del manejo y conservación del agua, la justicia social, la inclusión de otras especies y la inserción en la economía verde, como alternativas posibles. Por el contrario, en nombre de la llamada crisis se justifica construir más, desemplear a la gente, y se ignoran las consecuencias ambientales y sociales.

El gobierno y la empresa en conjunto, proponen e imponen medidas sobre personas e instituciones, sin considerar otros análisis que promuevan la sustentabilidad como propuesta de desarrollo económico y humano. En estas fechas en que se ha puesto de moda la economía y los economistas, es importante recalcar que tradicionalmente la economía como disciplina ha sido utilizada para justificar la explotación de los ecosistemas como recursos de propiedad disponibles para empresas y consumidores/as. Posibilitar una nueva forma de hacer economía que promueva el desarrollo social equitativo y la conservación de los ecosistemas, implica romper con las prácticas actuales y pensar otra relación entre la economía y el planeta.

En ese sentido la propuesta de la eco-economía consiste en considerar las actividades económicas humanas como un subsistema cuyas actividades deben ser subordinadas al ecosistema del planeta. Todo el sistema de producción social tiene un impacto de costo sobre los sistemas naturales. Desde la explotación del agua, aire, tierra, animales y plantas para producir bienes, hasta la disposición de desechos de la producción y el consumo en el ecosistema. Estos eventos

interrumpen y degradan los ciclos naturales de recirculación y reposición de seres vivos, aguas, gases y otros materiales. La posición de la eco-economía es partir del marco más amplio de los ecosistemas naturales para proponer modos de acción económica (producción, consumo y distribución de bienes) compatibles con los procesos naturales.

La economía tradicional respeta el mercado como un mecanismo eficiente para asignar los recursos y entiende que el precio de los bienes expresa el pago justo por los recursos usados. Por ejemplo, cuando las personas pagan por un galón de leche, se entiende que en el precio se ha pagado la mano de obra, las vacas, las maquinarias, el transporte, etcétera. La eco-economía, sin embargo, ve todo el ciclo. La eco-economía entiende que se queda sin pagar; la contaminación de aire que causa el aumento en el CO<sub>2</sub> por la cría de vacas y el transporte de la leche en vehículos, los residuos contaminantes que llegan de las vaquerías a los ríos, por mencionar algunos.

La eco-economía no reconoce la visión tradicional de eficiencia económica porque se quedan fuera del cálculo del mercado funciones del ecosistema que son invaluableles. La eco-economía reitera que el mercado no tiene la información ni las herramientas para la toma de decisiones verdaderamente eficientes. De esta manera la eco-economía denuncia que las decisiones que parecen tener un fundamento económico son en realidad decisiones políticas.

Desde esta perspectiva, la eco-economía reconoce en los movimientos sociales comunitarios un contenido ecológico genuino por su reclamo de equidad, justicia en el comercio y conservación de recursos naturales. Podemos ver un ejemplo claro de esto en el reciente caso de la comunidad de La Boca en Barceloneta donde las personas se han unido para reclamar la conservación de los espacios naturales y de pesca y propone además un plan turístico integral. Esto ocurre como respuesta a los planes del alcalde que pretende desalojar a la comunidad para construir un complejo turístico para gente adinerada, sin considerar el enorme costo ambiental y social.

Si prevalece la propuesta del alcalde amparada en el pretexto del desarrollo económico de la región presenciaremos por milésima vez de qué se trata el fenómeno de la exclusión de la comunidad y la destrucción de los ecosistemas para beneficiar a los grupos privilegiados. Por esta razón, es un asunto de vida y

justicia retar los discursos que nos llegan disfrazados de razones económicas para justificar la desigualdad, la injusticia y la destrucción de ecosistemas.

Este momento que vivimos es la mejor evidencia de que la manera en que se han tomado las decisiones económicas ha tenido efectos detrimenales para la sociedad y el entorno natural. Lamentablemente las propuestas que se discuten en Puerto Rico apenas logran parchar un sistema que no funciona. Si queremos lograr un desarrollo humano sostenible, es imperativo provocar una discusión que reconozca el derecho a la participación de todas y todos en un entorno que no es un espacio que poseemos, si no un espacio en el cual convivimos millones de especies animales y vegetales en una compleja, pero armoniosa interacción.